

malo no nos duele, no nos cuidamos de él, y sólo cuando nos causa dolor, pensamos en el remedio. Francia es un reino muy noble. Siempre ha sido de gran provecho para la Iglesia. Nos es sumamente caro, y oímos con satisfacción, que la Señoría comparte nuestro sentimiento.» Luego dirigió una mirada retrospectiva al desenvolvimiento de las cosas desde el nombramiento de Morosini para nuncio. «Cuando éste partió para Francia, así contaba, habíamos tenido noticia por algunos jesuitas que la reina de Inglaterra no parecía ser adversa a volver al seno de la Iglesia. Como Nos era conocido que el rey Enrique III mantenía relaciones con ella, hicimosle rogar por el nuncio, que hiciese saber a la reina que, si se convertía, la reconoceríamos por reina a pesar de la bula de deposición de Pío V. Que Nos estábamos dispuestos a complacerla en todo y por todo, a defenderla según nuestras fuerzas contra sus vasallos y contra el rey de Dinamarca, cuya actitud, como se nos decía, la tenía entonces intranquila, en una palabra, a cumplir todos sus deseos. El nuncio desempeñó su encargo, pero el rey no hizo nada. Más tarde acudió a Nos en demanda de auxilio, y le ofrecimos veinticinco mil infantes y ocho mil jinetes a sueldo Nuestro. Con éstos habríamos sujetado a los herejes y rebeldes, y hoy sería él señor ilimitado en su reino. Y la razón porque le hicimos este ofrecimiento, es la siguiente: Si le hubiésemos enviado sólo tres o cuatro mil hombres, con esto le habríamos facilitado ponerse en inteligencia con los herejes, como ya lo hizo en tiempo de nuestros predecesores, cuyo flaco socorro fué por él utilizado para arreglar sus negocios a su manera, y no como Nos deseamos. Pues si le ayudamos, es para que extirpe a los herejes, y no para que asiente paces con ellos.» (1)

Sobre los últimos sucesos se expresó Sixto V como sigue: «El duque de Guisa llegó a París acompañado sólo de ocho jinetes y se alojó en casa de la reina madre. Ésta le preguntó por qué había venido sin previo aviso. Él respondió que había sabido que el rey quería hacer matar a todos los católicos de París, y que como él mismo profesaba la religión católica, había venido para morir con sus correligionarios. El duque hizo mal en responder así, y Nos no le disculpamos. La reina le aseguró que sus temores eran infundados, y le invitó a ir a ver al rey. El duque asintió. Se envió un propio al rey para enterarle de la llegada del duque. El rey hizo responder, que ya

(1) Relación de Gritti de 4 de junio de 1588, en Hübner, II, 191 s., III, 244 s.

la sabía; que si el duque tomaba por pretexto sus desavenencias con Epernon, no le recibiría. Guisa respondió que sus diferencias con Epernon no necesitaban de pretextos ningunos, que esta clase de negocios se arreglaba con la espada y el puñal; que él había venido a París, y quería ver al rey. Éste condescendió, la reina madre tomó al duque en su coche y lo llevó al palacio de la reina consorte. Después que se hubo allí esperado dos horas, se presentó el rey. Ambos conferenciaron afablemente. El duque permaneció allí largo tiempo, se despidió luego y se volvió a su morada. Entonces se le ocurrió al rey la idea de llamar los suizos a París y exigir al vecindario un hombre de cada casa para reforzar su guardia de palacio. Uno solo compareció. Los suizos entraron en la ciudad, y los parisienses se sublevaron, pues afirmaban que sin su asentimiento no podían ser llamadas a París tropas extranjeras; que si el rey necesita soldados, ha de pedirlos a la ciudad con arreglo a los privilegios de la misma; la ciudad da luego los soldados. Origináronse por tanto revueltas, y muchos suizos fueron pasados a cuchillo. Durante la sublevación Nuestro nuncio fué llamado a palacio y rogado que apaciguase el tumulto. Morosini, que se portó bien, llevó al duque de Guisa al palacio del rey, y éste y el duque recorrieron juntos la ciudad, el último siempre en postura respetuosa y con el birrete en la mano, y al anochecer, sin decir una palabra a nadie, el rey se partió para Chartres.

«Ahora, preguntamos Nos, continuó el Papa, ¿qué tenía que temer el rey, después que el duque se entregó a él mismo y fué enteramente solo al Louvre? El duque o le infundía sospecha o no. Si el rey tenía motivo para sospechar, ¿por qué no le hizo coger, y si por esto se originaban tumultos (lo cual hubiera demostrado la culpa del duque), por qué no le hizo cortar la cabeza? Todo se hubiera tranquilizado. Si no tenía motivo para sospechar, ¿por qué llamó a los suizos? Si no obró así en la primera visita del duque, ¿por qué no lo hizo en la segunda? A esto se replica, que el de Lorena habría excitado revueltas y vengado la muerte de su hermano. Nada de todo esto hubiera sucedido. Nadie se hubiera movido. Pero ahora el rey ha salido de París. ¿Qué tenía que temer? Y si tenía motivo para temer, ¿cómo pudo buscar la salvación en la huida? Si durante las revueltas de vuestra ciudad vuestros padres hubiesen apelado a la fuga, ¿os hubieran dejado la libertad, la independencia de la república? Huir de París, ¿por qué? ¿Por miedo de que le diesen muerte? Si hubiera perdido la vida, habría muerto a lo

menos como rey. Así están las cosas. Ahora se quiere que Nos enviemos un legado. No lo haremos, pues no queremos arriesgar nuestra autoridad. El cardenal Orsini fué como legado a Francia y no fué recibido, el cardenal Riario a España y no fué admitido. No queremos exponernos a un parecido tratamiento intolerable. Después de la prisión del archiduque Maximiliano, el emperador, el rey de España y el rey de Polonia pidieron un legado. No lo otorgamos hasta que Nos hubimos persuadido de que esto era realmente el deseo del rey. Enviaremos a Francia un noble, un obispo, un arzobispo, si se quiere hasta un cardenal, pero no un legado. Hemos ofrecido al rey poner orden en su reino en brevísimo tiempo, si Nos deja las manos libres. Si él quiere emprender esto por sí mismo, puede hacerlo. Ahora se pide que Nos mandemos al duque de Guisa salir de París, pero Nos no tenemos en París nada que mandar, excepto en cosas tocantes a la herejía, a los pecados y a la jurisdicción eclesiástica. En el negocio que no es espiritual, no tenemos que entrometernos. El rey ha expresado que quería unirse con los hugonotes. En este caso verá lo que Nos haremos. A pesar de esto, le hemos escrito para consolarle y animarle, y ahora meditaremos lo que hay que hacer demás de esto, pues fuera de los intereses religiosos que están en peligro, hay también respetos de prudencia política, que exigen que se mire por la conservación de este tan importante reino.»

Gritti hizo observar, que si Guisa había ido a París sólo con ocho jinetes, esto demostraba precisamente su anterior inteligencia con la ciudad. Que se habían cometido faltas seguramente de parte del rey; pero que se trataba ahora no de una crítica de lo sucedido, sino de alejar el mal. Sixto V asintió a ello e hizo resaltar que había dirigido a Guisa la más instante exhortación a someterse al rey (1).

Vivonne, embajador francés, pintó al Papa muy extensa y vivamente la afrenta que los Guisas habían hecho a su señor. Conforme al encargo que se le había dado, indicó juntamente, que el rey con su desesperación podía echarse en brazos del de Navarra. Al oír esto el Papa fué presa de la mayor excitación e hizo observar: «Si es verdad todo esto que me contáis de los enemigos del rey, Dios los castigará». Ahora Vivonne creyó llegado el momento de poder adelantarse a rogar que Sixto se declarase abiertamente en favor del rey y expidiese al punto tres breves: a Enrique III, al clero francés

(1) V. Hübner, loco cit.

y uno «muy severo» a los de la Liga. El Papa juzgó que esto había de meditarse bien. Cuando Vivonne instó de nuevo, respondió: «¡Despacio! Los breves pontificios no se forjan con el martillo. Con todo estamos dispuestos a nombrar una congregación para el examen del negocio» (1). De un modo semejante se expresó el Papa hablando con el cardenal Joyeuse, a quien aseveró al mismo tiempo, que los de la Liga se gloriaban muy sin razón de un breve que aprobase su proceder. «Éste no lo alcanzarán nunca» (2).

Con qué independencia se oponía el Papa a ambos partidos, mostró todavía otro suceso. El nuncio Morosini, que se afanaba por conseguir una avenencia entre el rey y los Guisas, notificó que la Liga esperaba obligar al apurado rey a aceptar los decretos del concilio tridentino. Semejante resultado en sí hubiera sido muy agradable al Papa; pero no se dejó seducir por este señuelo. «El despacho de este negocio, dijo a Vivonne, no pertenece a la incumbencia de los de la Liga; es ésta una cuestión que ha de decidirse entre el Papa y el rey» (3).

Con grande imparcialidad se expresó también el Papa en el consistorio de 15 de julio de 1588, en el cual, con todo, condescendió con el deseo del rey respecto al nombramiento de un legado. Después de haber lamentado con sentidas palabras la situación de Francia, que le robaba el sueño, sin dar su opinión sobre las intenciones de los de la Liga alabó de igual manera lo que tanto éstos como Enrique III habían hecho contra los hugonotes (4). Como Morosini mediaba incansablemente entre ambos partidos y a entrambos era acepto, nombróle cardenal y legado para el reino de Francia, al cual quería prestar ayuda de todas maneras. A los reparos que expresó el cardenal Santori contra esta resolución, no les dió el Papa ningún valor (5).

(1) V. la relación de Vivonne de 13 de junio de 1588, en Bremond, 225.

(2) V. la carta del cardenal Joyeuse de 13 de junio de 1588, *ibid.*, 226.

(3) V. *ibid.*, 226 s.

(4) *Laudavit constantiam christianissimi regis, qui invitatus ab haereticis illos reiecit atque repulit alios principes externos et haereticos se cum eo coniungi cupientes et se illi offerentes. Laudavit etiam ducem Guisum, de quo licet dicant quod fidem catholicam et illius conservationem obtendat et aliud praetendat scilicet regimen regni, tamen Sanctitas Sua non videt nisi bona opera ad propagationem religionis catholicae et non potest nisi exterioribus bonis operibus ex praeclaris eius facinoribus contra haereticos gestis iudicare. Acta consist., 856.*

(5) V. *Acta consist.*, 856; Santori, *Autobiografía*, XIII, 182; Schweizer, *Relaciones de nunciatura*, II, 266; la *relación de Brumani de 16 de julio de 1588,

El 19 de julio de 1588 condescendió Enrique III con los de la Liga, que cada día iban ganando más terreno, y publicó el edicto de Ruán. En él prometía reprimir las novedades religiosas, y atenerse al concilio de Trento, y reconocía que sólo un católico podía subir al trono de Francia. Poco después se nombró a Enrique de Guisa generalísimo de todas las tropas. El 20 de julio de 1588 escribió Enrique III a Vivonne, que notificase al Papa, que estaba concertada la paz con Guisa, y que ahora quería proceder más que nunca contra los hugonotes. Al mismo tiempo anunció el rey su partida a Blois, donde el 15 de septiembre debía abrirse la asamblea de los Estados generales (1). Sixto V tuvo este paso por inoportuno y peligroso. Cuando el cardenal Joyeuse le anunció la convocación de los Estados añadiendo que procedía de la libre voluntad del rey, y que se prometían mucho de él para el apaciguamiento del reino y el robustecimiento de la autoridad real, recibió por respuesta: «Los Guisas estarán también allí, y no harán todo el bien deseable» (2).

Cuán acertadamente juzgaba el Papa, y cuán equivocadamente el rey, mostró el decurso de las negociaciones, que aumentaron aún el atrevimiento de Guisa. El 26 de septiembre de 1588, Morosini, que conforme a sus instrucciones trabajaba por la reconciliación del rey con Guisa, notificó desde Blois a Roma: que la discordia entre ambos crecía diariamente; que ya se había avisado al duque que estuviese en guardia, que el rey intentaba matarle. La situación era tan peligrosa, que Morosini hizo representaciones a Enrique. Díjole que, si se mataba a Guisa en el palacio real, esto

Archivo Gonzaga de Mantua. Los *breves a Enrique III y a Guisa, fechados a 15 de julio de 1588, respecto al nombramiento de Morosini, en los Brevia Sixti V, Arm. 44, t. 30, *Archivo secreto pontificio*. La respuesta de Guisa, de 5 de agosto de 1588, en L'Epinois, 196, nota 3. En abril había Rusticucci indicado que podían enviarse dos legados a Francia, uno a Enrique III, y el segundo a los de la Liga; v. la *relación de Brumani de 22 de abril de 1588, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. Bremond, 227 s. Ibid., 288 s. sobre la toma de Saluzzo por el ambicioso duque Carlos Manuel I de Saboya en el otoño de 1588, gravemente sentida en Francia, por la que se interesó Sixto V, porque el duque le había hecho creer que los hugonotes se establecerían en el país; v. las relaciones de Gritti de noviembre de 1588 en Hübner, II, 429, 433, 513 s. Cf. también Maffei Hist., 39; L'Epinois, I, 226 s., 242; Serrano, Arch. de la Embajada de España, I, 104; C. Rinaudo, Carlo Emanuele Duca di Savoia, Torino, 1891, 142 ss.; Raulich, Carlo Emanuele, I (1896), 349 ss. Cf. las *cartas de Sixto V al duque de Saboya de 5 de octubre y 1.º de noviembre de 1588, *Archivo público de Turin*.

(2) V. Hübner, II, 207. Cf. Bremond, 297, nota 4.

sería una afrenta para su majestad y un peligro para el reino, pues los católicos desesperarían, y se menoscabaría la autoridad real. Enrique respondió, que ¡tendría tanto cuidado de la vida del duque como de la suya propia! (1)

Tres meses más tarde, el 23 de diciembre, Enrique de Guisa, y al día siguiente también su hermano el cardenal fueron asesinados por orden del rey; el cardenal Borbón, el arzobispo de Lyon, Pedro d'Épinac, y otros caudillos de la Liga fueron presos (2). Esta fué la respuesta de Enrique al proceder radical que Guisa había amenazado emplear respecto del soberano de Francia. Cuando después del asesinato entró en el aposento de su madre enferma de gravedad, exclamó: «¡Ahora soy finalmente rey de Francia! ¡Guisa está muerto!» Catalina respondió: «Has arruinado el reino» (3).

III

La primera noticia del asesinato de los Guisas se recibió en Roma el 4 de enero de 1589 por un propio del duque de Saboya. En los dos días siguientes llegaron la confirmación y relaciones con datos más exactos (4). El embajador de Enrique III, Vivonne, desempeñó el difícil cometido de explicar la conducta de su señor, en una audiencia que le fué otorgada el 6 de enero. Con agradable admiración suya, habló el Papa con tranquilidad y moderación. La única acerba observación consistió en la pregunta sobre si Vivonne conocía en la historia un caso de que un príncipe hubiese hecho matar a un cardenal. El dominio de sí mismo del Papa era tanto mayor, cuanto la carta del rey a su embajador era increíblemente inhábil e indiscreta. Decíase en ella, que había tenido que deshacerse del duque porque

(1) V. la relación de Morosini de 26 de septiembre de 1588 en L'Epinois, La Ligue, 219 s. La conducta de Morosini tocante a las negociaciones de Blois y la inflexible actitud de Sixto V respecto a la publicación de los decretos tridentinos pítalas extensamente Martín, Le Gallicanisme, 236 s.

(2) V. las relaciones de Morosini en Tempesti, II, 213 s. y Desjardins, IV, 868 s. Cf. Bull. de la Soc. d'hist. de France, I, 2 (Paris, 1834), 77 s.; Segesser, Historia del Derecho, III, 378 s.; Engl. Hist. Rev., X, 304 s.; Platzhoff, 85 ss.

(3) V. la *Relazione enviada por Morosini en el *Archivo secreto pontificio*, Francia, II, 156, utilizada por L'Epinois, La Ligue, 265.

(4) V. la relación de G. Niccolini en Desjardins, V, 24 y la *carta de Sporenno de 7 de enero de 1589, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Cf. L'Epinois, La Ligue, 275.

éste le quería quitar el trono y la vida, en lo cual había seguido el consejo del Papa dado con ocasión del motín de las barricadas. A esta tan falsa como atrevida afirmación seguía el jirritante ofrecimiento de uno de los beneficios del asesinado cardenal Guisa para el nepote, el cardenal Montalto! La razón que tuvo para el asesinato del miembro del Sacro Colegio la indicaba la siguiente posdata: «Me olvidaba de decir a Vuestra Santidad, que hube de obrar así porque el cardenal Guisa tuvo la desvergüenza de decir, que no moriría sin haberme sostenido la cabeza mientras me rapaban y hacían monje» (1).

Después de Vivonne fué recibido el embajador veneciano Gritti. Hablando con este confidente, el Papa, que por la relación estrictamente objetiva de Morosini estaba exactamente informado, expuso de la manera más clara su juicio sobre el terrible suceso. «No podemos, dijo, alabar el proceder del duque de Guisa, su alianza con otros príncipes y la rebelión contra su rey, sino hemos de vituperarlo; pues obraba contra su obligación, y aunque daba por pretexto la religión, en ninguna manera le pertenecía tomar las armas siendo súbdito contra su príncipe y querer prescribirle la ley. Era esto un exceso y pecado; pues el vasallo no debe mandar al soberano, ni hacerle fuerza; puede procurar exhortarle, animarle, persuadirle, pero el levantarse contra él es imperdonable, es pecado.

«Si el rey, continuó el Papa, hubiese procedido contra él castigándole, nadie hubiera podido objetar cosa alguna, sino que se hubiese tenido que aprobar su modo de obrar. En segundo lugar, cuando el duque llegó a París con sólo siete compañeros y fué a la reina madre, y después al rey mismo, Enrique hubiese podido proceder contra él, prenderle y castigarle; si entonces le hubiese hecho matar, no se habría dicho nada, y todo habría quedado terminado. Aunque temía una sublevación del pueblo, siempre hubiera debido arriesgarla y hacer prender al duque. El rey ha faltado, no haciendo entonces lo que todo el mundo habría alabado, sino que huyó, saliendo de su capital y, como sabéis, yendo a Orleans. En tercer término, como el duque era súbdito, y el rey señor, podía el rey proceder contra el súbdito como bien le pareciese. No debe dar cuenta a nadie. Pero reconciliarse con él, admitirle en su consejo, prometerle seguridad, luego llamarle a su aposento, adonde fué aquél lleno

(1) V. Bremond, 298 s. Cf. Rev. d'hist. ecclés., 1922, 415.

de confianza, y hacerle matar ante sus ojos: esto no podemos alabar, esto no es ningún acto de justicia, sino un asesinato. Había de prenderle, mandar formarle proceso, y luego hacer lo que juzgase necesario; porque es rey, y con la autoridad de la ley, con el procedimiento judicial ordinario todo estaba bien hecho. Si hubiese estallado un motín, podía proceder sumariamente contra él; pero hacerlo matar, como se ha efectuado, esto es pecado, esto es homicidio y no justicia, y nos apena que el rey haya caído en este pecado.

«Por lo que toca ahora al cardenal: ¿por qué el rey no se ha dirigido a Nos, si tenía algún motivo de queja? Nos hubiésemos citado al cardenal a Roma, y todo se hubiera arreglado. Si no hubiera venido, le habríamos quitado la púrpura por su desobediencia, y entonces podía el rey proceder con él como mejor le pareciese. Hemos dicho al embajador que antes de su señoría ha estado con Nos, y le hemos preguntado qué príncipe se ha atrevido nunca a matar a un cardenal. Fuera de eso el rey ha hecho prender al cardenal Borbón, anciano de setenta años. En una palabra, ha obrado malísimamente en proceder de esta suerte contra aquellos con quienes se había reconciliado.»

El Papa había hablado con dignidad y reposo, pero se le escapó la queja de cuán pesada era la tiara. «Cuando Nos éramos aún simple cardenal, dijo, no teníamos necesidad de quebrarnos la cabeza sobre si debíamos excomulgar o citar a Roma a un rey, o tomar alguna otra disposición contra él» (1).

En la tarde del 6 de enero de 1589 se presentó también en el Vaticano el embajador español Olivares, aunque no era su día de audiencia. Al día siguiente acudió de nuevo para permanecer dos horas con el Papa. Después de él fué recibido el embajador del gran duque de Toscana, Juan Niccolini. Oyó poco más o menos lo mismo que Gritti. El Papa hablando con él mostró también gran tranquilidad (2).

En la antesala esperaba entre tanto el cardenal Joyeuse, que estaba lleno de vivo disgusto por la larga audiencia del embajador español. Cuando el Papa le repitió lo que había dicho a Gritti, opúsole cómo Su Santidad misma había sentido que el rey no hubiese dado muerte al duque en el motín de las barricadas. Contra esto pudo Sixto con razón hacer notar que el caso de ahora era diferente, pues el rey se había desembarazado del duque no después del hecho reciente de

(1) V. Hübner, III, 266 s.

(2) V. Desjardins, V, 25 s.

la rebelión, sino después de efectuada la reconciliación y sin ningún procedimiento judicial. Sobre esto se llegó a un altercado en extremo violento. Para el asesinato del cardenal, en el cual Sixto veía un crimen incomparablemente mayor, pidió Joyeuse en nombre del rey la absolución. El Papa respondió: «Cuestiones de conciencia no se negocian por enviados. El rey mismo ha de solicitar de Nos por escrito la absolución. Por lo demás, Nos reservamos el tratar del suceso con los cardenales». Inútilmente procuró Vivonne impedirlo (1).

Todavía antes de darse comienzo al consistorio de 9 de enero de 1589 los cardenales Santa Croce y Joyeuse hicieron una nueva tentativa para desviar al Papa de su propósito. Fué en balde (2). Después de haberse efectuado en los nuevos cardenales la ceremonia de cerrarles la boca, reinó profundo silencio en la sala, hasta que el Papa, visiblemente conmovido, se levantó para extenderse sobre el sacrilego crimen cometido en la persona del cardenal Guisa, sin bajar a hablar del asesinato del duque (3).

El discurso, que es una nueva prueba de cuánto estaba en primer término en Sixto V el interés eclesiástico (4), comenzó con estas palabras características: «Nos vemos obligados a expresar nuestro indecible dolor, tan indecible, que no nos hallamos en estado de vestirlo con palabras, pues el crimen sacrilego de que se trata, es inaudito. Ha sido asesinado por orden del rey de Francia el cardenal Guisa, asesinado un cardenal, asesinado un cardenal presbítero, que juntamente era arzobispo de Reims. Se le ha dado muerte sin proceso, sin sentencia, sin juicio por el poder civil, sin nuestro conocimiento, sin el beneplácito de la Santa Sede, a la que estaba muy próximo, como si Nos no estuviésemos en el mundo, como si no hubiese una Silla Apostólica y un Dios en el cielo y en la tierra. La ley divina obliga a todos los hombres, nadie está exceptuado de ella. La ley divina manda: No matarás. ¿A quién es lícito matar? Ciertamente a nadie, aunque sea rey o príncipe. Si el juez, fundado en la ley, entrega a uno a la muerte, esto no es matar, sino castigar y corregir, si se observa el orden judicial. Pero el cardenal ha sido matado sin juicio, sin ley, no por orden, no con beneplácito de su superior, pues

(1) V. Lettres du card. d'Ossat, I, Paris, 1698, 12; Bremond, 300 s.; Hübnér, II, 215.

(2) V. Lettres du card. d'Ossat, I, 14.

(3) Iustis de causis omisssa Guisii mentione, dice Maffei (Hist., 38).

(4) Esto lo hace notar con razón Herre (398).

éste lo somos Nos. Ha sido matado como un hombre vulgar del pueblo, sin respeto al derecho, a su categoría, a su dignidad de obispo y cardenal. Tampoco se debe decir que el cardenal ha dicho o hecho algo contra el rey o la corona, pues todavía no hace mucho Enrique III nos lo recomendó de la manera más calurosa para la legación vacante de Aviñón por medio de su enviado Gondi, como pueden atestiguarlo los representantes del rey. Desde entonces nada ha sucedido por razón de lo cual se pueda afirmar que el cardenal ha emprendido algo contra el rey. Pero aun dado que esto fuese verdad, el rey, con todo, había de mantenerse alejado de semejante crimen y sacrilegio. Pues sabía cuán severamente procedemos contra los delincuentes: ¿no podía dejar a Nos el castigo, prendiendo entre tanto al cardenal? O si no quería esperar, ¿no podía consultar a nuestro legado Morosini, que gozaba de su especial confianza, y sólo por sus ruegos ha sido elevado por Nos a cardenal?»

Después que el Papa hubo explicado esto más en particular, embargado de dolor, como parecía, se detuvo algunos momentos. Después continuó, alabando la Providencia, que había permitido semejante desgracia durante su pontificado, pues habiéndole desde su juventud asistido Dios nuestro Señor, le ayudaría también en lo futuro, para que pudiese precaver semejante mal. Después de una nueva pausa se extendió Sixto V sobre el hecho de que el rey hubiese solicitado la absolución sólo por su enviado, pero él mismo ninguna palabra hubiese expresado de arrepentimiento. Después recordó cómo en otro tiempo el rey Enrique II de Inglaterra había aceptado humildemente la penitencia que se le impuso por el asesinato del arzobispo Santo Tomás de Cantorbery, el cual, sin embargo, no había sido cardenal; y cómo asimismo había obrado hasta un tan poderoso emperador como Teodosio después de la matanza de los de Salónica. Estos ejemplos de la historia los expuso Sixto V ampliamente; al hacer resaltar el poder de Teodosio citó un pasaje de Claudio.

Después expresó el Papa su asombro de que algunos cardenales se hubiesen atrevido a excusar el crimen en su presencia, o a dudar de que aquí se trataba de la honra y seguridad de todo el Sacro Colegio. «Nos, dijo Sixto levantando la voz, no queremos de nuevo ser cardenal, Nos no procuramos la púrpura por el favor de este o aquel príncipe. El suceso no toca a Nos, sino a vosotros. Si queréis que el poder civil destruya vuestra inmunidad, libertad, autoridad y todas